

# Paris

David Álvarez Cano



# Capítulo 1

## Capítulo I

Era su sitio, la ciudad que lo había visto crecer y en la que había desarrollado su existencia a pesar de que contara con menos de cincuenta mil personas.

Paris, veintitrés años después de su nacimiento, seguía sin comprender el por qué de la designación de "ciudad" a un centro urbano tan poco poblado y que a todas luces se comportaba como un pueblo. Todo se conocía: rumores y chismorreos iban y venían cíclicamente como migraban las aves, era imposible mantenerse a parte de ellos e igualmente imposible no ser, de vez en cuando, el tema central de discusión.

Se consideraba feliz, pero continuamente le acechaba la idea de que iba a perderse gran parte de la vida si permanecía en aquella ciudad. Algún día tendría que salir.

Paris era un joven veinteañero, de pelo moreno tirando a negro en los días de menos luz y con unos ojos que también variaban de color, entre castaño y verde, según la luz que incidía en los mismos. Se consideraba un hombre hecho y derecho. Aunque desconocía su altura y peso exactos, era consciente de que estaba bien proporcionado.

La dinámica de la ciudad le exasperaba. Él había nacido allí y estaba convencido de que allí moriría también.

Vivía con su padre y con su madre en un piso situado a más o menos una hora a pie del centro, un piso antiquísimo que había ido heredándose desde tiempos de sus bisabuelos. Le gustaba, era pequeño pero acogedor.

Sus padres se conocían desde la escuela, ella iba un curso por encima de él, pero fue posible franquear esa barrera que tan complicada parece cuando se habla de niños en la escuela primaria. Fue un flechazo, decían, supieron que estaban destinados a estar juntos desde que tenían doce años. Y así fue, a la temprana edad de los veinte y diecinueve, tras efusivos años de noviazgo infantil que terminó por evolucionar a un amor maduro pero conservando la chispa propia de la juventud, se comprometieron, mamá se fue a vivir al piso de papá y tres años más tarde nació él.

La luna de miel de sus padres, de la que podían estar hablando horas y horas, ya que nunca se cansaban de repetir lo estupenda que fue, la celebraron, adivinen, en París.

La historia se repetía una y otra vez en la ciudad con el resto de los habitantes, y el equivalente al *Wyrð* anglosajón que dominaba esta población había decidido que el siguiente capítulo en la vida de Paris sería Silvia.

Silvia era maravillosa, pensaba. Estaba enamorado de ella, de su sonrisa, de su humor, de los abrazos calurosos que recibía de ella en los inviernos más fríos y hasta de los refrescantes zumos de frutas que le preparaba en verano. Todo lo que sus manos tocaban era a los ojos de Paris como la más reluciente de las joyas. Al igual que sus padres, se habían conocido en la escuela, y su relación se había agravado en parte por el hecho de ser vecinos en la lejana periferia de la cual formaban parte sus casas y en parte por la estrecha relación de amistad que formaban los cuatro progenitores.

Pero no había sido un flechazo. Los primeros años que habían pasado juntos se consideraron nada más que amigos, pero claro, hoy en día Paris piensa que pudo ser debido a que eran los dos demasiado pequeños y que apenas sabían de la existencia del amor. Ambos lo descubrieron juntos, y desde entonces se habían hecho inseparables.

Silvia era, pues, un bote salvavidas para Paris al que aferrarse en medio del turbulento mar en el que su ciudad tomaba forma. Era la única que lo entendía, con quien se pasaba horas hablando de cualquier nimiedad por las noches porque lo único que les importaba era estar cerca el uno del otro, con quien veía películas que no disfrutaba porque estaba más atento de acariciar su espalda y de decirle lo mucho que la quería.

Paris tenía ya veintitrés años y sabía que había llegado el momento de pedirle la mano para poder estar con la persona que amaba y poder continuar su ciclo en el piso familiar. Nunca habían hablado del compromiso, pero él lo tenía claro, iba a hacer todo lo posible por estar a su lado el resto de sus días.

Trabajaba desde hacía cinco años en la ferretería de sus padres, y aunque los ingresos no eran excesivos, bastaban para servir la comida tres veces al día en el hogar y era posible ir ahorrando de poco en poco.

Desde los veinte años, Paris guardaba parte de su salario para poder algún día comprar un anillo que consiguiera equiparar la belleza de Silvia, una joya que representara el amor que hacia ella sentía y que los ligaría para siempre. Debía tener ahorrados en torno a mil euros. No sabía con exactitud la cifra porque evitaba comprobarla para no sucumbir a las tentativas de gastarlo. Rara vez había hecho un uso indebido de este

fondo: había llegado a pasar días sin fumar porque no tenía dinero hasta comienzos del mes siguiente y no quería utilizar su fondo de inversión.

Si eso no es amor que baje Dios y lo vea.

Así pasaban los días. Desayunaba, acudía a la ferretería haciendo una pausa para comer y luego retomaba el puesto de dependiente hasta las cinco o seis cuando su padre le sustituía. Entonces iba a casa, dividía en dos su parte de la caja del día y una la guardaba en la cartera y la otra debajo del colchón: ya podía volver junto a Silvia y disfrutar con ella hasta bien entrada la noche.

La monotonía regía su vida si, pero ahí estaba ella para que no le importase lo más mínimo. Ese sería el día en el que se declararía. Si tan convencido estaba de que la quería y de que lo haría por y para siempre, ¿para qué esperar más?

Citó a su madre en la cocina y, mientras preparaba el té y freía unas tostadas con mantequilla, le contó sus planes y le pidió consejo.

-Mamá, dijo con tono afectuoso a la par que solemne, Silvia y yo llevamos ya bastantes años saliendo juntos y creo que ya estamos en edad de casarnos. Quería pedirte consejo y ver qué te parecía la noticia, quería también que fueras la primera en saberlo.

Las lágrimas afloraron en sus ojos, y en un primer momento no pudo más que abrazar a su hijo.

-Qué me va a parecer Paris, es una chica estupenda y os hacéis felices mutuamente, estáis destinados a estar juntos como yo y tu padre y quiero que sepas que, aunque él todavía desconozca el asunto, estoy segura de que ambos te damos nuestra más sincera aprobación. Le besó en la frente, dejó su tacita de té en la mesa y, disculpándose, salió de la cocina.

En cosa de minutos regresó, las lágrimas corrían ahora por sus mejillas y traía algo entre sus manos.

-Este, dijo según abría con manos temblorosas una cajita forrada de terciopelo azul, es el anillo de pedida que tantos años atrás me regaló tu padre, el segundo día más feliz de mi vida porque el primero fue cuando te tuve a ti. Por eso te pido que sea este el anillo que le regales a Silvia para pedirle la mano, quiero que puedas disfrutar tú también de la felicidad que me nos aportó a papá y a mí.

Paris estaba emocionado, se sentía cada vez más impaciente por hablar con Silvia y por contarle sus planes de futuro. Lo del anillo de sus padres había sido una sorpresa. Llevaba años ahorrando para comprarle uno y lo

había acabado consiguiendo gratuitamente. Sabía que las palabras que le había dicho su madre superaban a la belleza de cualquier otro anillo de pedida, y que por tanto, igualaban la de Silvia. Todo estaba saliendo perfecto; su madre se lo había tomado fantásticamente y según ella su padre lo haría de igual manera. Además, pensándolo bien, el dinero que tenía ahorrado podía ser empleado en la boda, en el banquete, en la luna de miel, en un abanico de posibilidades en todas las cuales se encontraba *ella*.

El momento afectivo madre-hijo dejó paso a una tertulia que se prolongó durante una media hora. Para cuando hubieron acabado el té, Paris se metió a la ducha y, con manos temblorosas, empezó a acicalarse para ir en busca del amor de su vida. Se sentía tremendamente positivo y feliz, con más ganas que nunca de verla sonreír.

Le dio un abrazo y un emotivo beso a su madre, lo que reavivó el torrente de agua que caía por su cara, y salió a paso decidido para ir en su busca.

Cinco minutos después estaba en su portal. Acostumbraba siempre a fumar un cigarrillo mientras esperaba, pero ese no era el día para apestar a tabaco, todo tenía que salir perfecto. Oyó cómo se abría y se cerraba la puerta de su piso y cómo, al ritmo ligero y desenfrenado que tanto la caracterizaban, bajaba las escaleras. Para cuando divisó su cara desde fuera del portal, estaba temblando.

## Capítulo II

*No.*

Jamás una palabra le había dolido tanto. Resonaba en su cabeza sin cesar, en distintas tonalidades y con una pronunciación diferente cada vez, pero la palabra siempre salía de los mismos labios y seguía siendo la misma.

La respuesta a la proposición de matrimonio había sido negativa, y notó como si su corazón fuera atravesado por un cuchillo y se rompiera en mil pedazos y como si todo su futuro sucumbiera debido al eje que principalmente lo sostenía: ella.

Estaba aturdido, para nada se esperaba aquello. Iba a ser el día más feliz de su vida y se había convertido en el peor en un abrir y cerrar de ojos.

La había perdido. ¿El por qué? Ni el mismo lo sabe. Según le pidió la mano ella se derrumbó, comenzó a llorar y a pedir perdón. El ánimo de París cayó en picado. No dijo nada, besó la mano a la luz que había iluminado su vida desde hacía tantos años y que ahora titilaba perdiendo cada vez

más y más intensidad, se volvió sobre sus talones y se dirigió a casa.

Al llegar estaba solo, había escrita una nota en la puerta de la cocina que decía lo siguiente: *Cariño, papá y yo nos vamos a ir a cenar, volveremos tarde. Pd.: espero que todo haya ido bien.* Se derrumbó. Tiró las cosas que llevaba encima por el suelo: el abrigo, el teléfono, el tabaco, todo. Se desvistió y se metió entre las sábanas buscando calor y protección. Se cubrió la cara y empezó a llorar sin consuelo.

Sin Silvia su vida no tenía sentido, el destino o lo que fuera que controlara su vida le había jugado una mala pasada y sentía como si su alma y su corazón hubieran pasado de viajar por una hermosa vía verde de ferrocarril luminosa y cálida para meterse de lleno en un lúgubre túnel cuyo final era inobservable.

Las horas pasaban pero el dolor permanecía. Seguía en estado de shock, sin comprender cómo todo había podido venirse abajo de forma tan fugaz. Había basado su vida en torno a ella, y ahora mismo se sentía tremendamente descarriado, sin saber qué hacer.

Debían ser las tres de la mañana ya, sus padres hacia rato que habían llegado pero no les había visto, se habían ido de prisa al dormitorio. Increíble como el paso de los años no había sido capaz de mermar el amor que se profesaban mutuamente.

Paris salió de la cama, se limpió el húmedo rostro con la mano y se puso las primeras prendas que vio esparcidas por el cuarto. Había decidido bajar al bar y, con suerte, encontrar la combinación de alcohol/refresco idónea con la que olvidar el día tan funesto que había marcado un antes y un después en su vida.

Debido a que era bien entrada la madrugada y, principalmente, a que era martes, solo había dos puestos en la barra ocupados. Contando al camarero, a los otros clientes y a Paris eran solo cuatro personas en el bar. Con suerte una de ellas, el padre de Jaime (un compañero suyo de la escuela que acudía mucho por ahí) estaba ya lo suficientemente bebido como para percatarse siquiera de su propia persona. El camarero era uno de los hermanos de un de un profesor que tuvo en secundaria, del cual no tenía muy buenos recuerdos, pero parecía que no le ponía cara, pues apenas le dirigió la palabra cuando entró.

Esto era lo malo de una ciudad pequeña, el conocerse todos entre sí e ir a beber y a desahogarse a un mismo establecimiento.

Sin embargo, a la otra persona sentada en la barra no la conocía. Era extraño pero plausible, al fin y al cabo.

Paris pagó por adelantado dos de las bebidas más fuertes que encontró el camarero tras la barra y, con cada trago, su cuerpo se sacudía de espasmos provocados por el alcohol casi puro que estaba ingiriendo. Quería perder el sentido, olvidar aquel funesto día que se suponía iba a ser uno de los más felices de su vida, desvanecerse.

Serían aproximadamente las tres de la mañana, o quizá las seis, quien sabe, la obnubilada vista de Paris era incapaz de distinguir las manecillas de su reloj. Las dos copas se habían terminado y, debido a que no estaba acostumbrado a beber (una copita de champán en nochebuena y poco más), su estado de embriaguez era notable. Guio su mano entre los bolsillos con el fin de alcanzar la cartera, pero antes de siquiera encontrarla, divisó en frente suyo una copa llena de ese brebaje que le hacía olvidar incitándole a que la vaciara. De dónde había salido, no lo sabía, tampoco le importaba. Bebió del vaso de cristal como si el mismísimo Baco se lo hubiera ordenado.

-Tranquilo muchacho, vas a acabar bastante mal como sigas bebiendo a ese ritmo. Risas. No era una risa con ánimo de ofender, al contrario, según Paris levantaba la vista en busca del origen de la misma se dio cuenta de que eran amistosas.

-Me llamo James, encantado, dijo alargando su mano que, igual por el efecto del alcohol, le pareció grande sobremanera. La copa estaba ya a la mitad, lo que hacían dos y media y sin saber siquiera la graduación de lo que estaba bebiendo, su mente se intentaba mantener a flote como un navío con fallos técnicos en medio de una tempestad, y en esas logró articular un sonido de forma que pareciera un saludo.

Más risas, carcajadas limpias esta vez y venga, que te invito a otra ronda.

-Parece que no acostumbras a beber mucho, muchacho. Y dale con "muchacho", ¿qué clase de confianzas son estas? Espera un segundo, recapacita Paris, a ver si resulta que os conocéis de algo y no te habías dado cuenta. Quizá sería buena idea mirarle a la cara y descubrir el misterio.

-No, la verdad es que no estoy habituado a hacerlo. Discúlpame, pero no consigo recordar quien eres. ¿Nos conocemos acaso? No, estaba convencido de que en toda la ciudad no existían manos tan grandes como las de aquel individuo.

-Que va, muchacho (joder), soy un simple forastero que está de visita, de turismo podría decirse. El caso es que me gusta hablar con los habitantes de las ciudades que visito para así conocer de primera mano los lugares a los que voy, y como te he visto tan solo aquí en la barra, he pensado que

igual precisabas de mi compañía.

Paris era más bien dado a ser una persona reservada con los que le rodeaban, con lo que, de encontrarse en circunstancias normales, se habría levantado y bien se habría marchado a casa, bien a la mesa más distante que encontrara. Pero el alcohol, como hemos dicho, no se clasificaba dentro de aquellas circunstancias normales, con lo que se quedó a conversar con el extraño. Con James, vaya nombre más extraño.

-¿De dónde dices que eres, amigo? Con ese nombre debes de ser de algún país lejano, vaya envidia. Yo jamás he salido de esta ciudad, algo me retenía en ella e iba a hacerlo hasta el fin de mis días, pero todo se ha desmoronado.

-Tengo orígenes irlandeses, pero desde que tengo memoria vivo en una pequeña ciudad de Gales, a pocos kilómetros de Cardiff.

Primera náusea. ¿Seguro que eran solo dos copas y media las que había bebido?

-Vaya, suena interesante. Lo único que conozco de geografía es por los libros que he leído, pero me encantaría comprobar por mi mismo la existencia y la belleza de todas aquellas ciudades de las que tengo constancia. Pero no puede ser, estoy destinado a vivir mi vida aquí, confieso que me da miedo salir al mundo exterior y ver extraños por la calle, ya que aquí todos nos conocemos.

-Pues no deberías, chico (mira tú por donde que prefería muchacho), viajar te cambia, el hecho de haber nacido en un determinado lugar no te obliga a quedarse por y para siempre en él y, ese destino del que no paras de hablar, permíteme decirte, depende solo de ti, de lo que te propongas hacer. Si, como dices, la causa que te retenía aquí y te hacía olvidar la monotonía de esta ciudad se ha desvanecido como tu tercera copa (¿pero seguro que era solo la tercera?), ¡Camarero, otra ronda!, puedes ser libre y encontrarte a ti mismo.

Segunda náusea, bastante fuerte, por cierto.

-Supongo, ¿a ti te ha ayudado viajar? ¿Cuánto tiempo llevas fuera de casa?

-De momento mi casa es el mundo en general. Esto que te digo de encontrarse a uno mismo no es tarea fácil, si bien no es imposible, pero el caso es que yo todavía tengo la necesidad de seguir moviéndome. Aquel que dijo que lo único constante es el cambio tenía toda la razón del mundo. Cuando llegue el momento me asentaré y las vivencias que haya recolectado perdurarán en mi mente haciéndome feliz y dichoso. Ah, vaya cabeza la mía, son tres los años que llevo viviendo una vida nómada, y



chico, no me canso todavía de ella.

Tercera náusea, con tentativas de hacer el ridículo sobre la barra del bar. Deja la copa sobre la mesa y busca alguna excusa para irte a la cama, que el objetivo que venías buscando hace ya tiempo que lo encuentraste.

-James, he disfrutado mucho hablando contigo y te agradezco las bebidas, pero mucho me temo que como no marche ahora mismo a la cama voyas a tener que llevarme tú en brazos en cuestión de minutos.

Carcajadas, un gesto de aquiescencia y un apretón de manos hicieron las veces de despedida y ya no recordaba más.

### Capítulo III

El lector, y todo aquel que haya buscado ahogar sus penas en alcohol durante depresivas noches de soledad, sabe y entiende las condiciones en las que Paris amaneció al día siguiente.

Según abrió los ojos, con esfuerzo, por cierto, y los adaptaba a la luz que por la ventana de su cuarto entraba, las náuseas de las que ayer había creído librarse se apoderaron de nuevo de él, haciéndole maldecir cada gota de alcohol que había descendido por su garganta. Como todos hemos hecho alguna vez, se prometió a si mismo por todo lo que amaba que no volvería a suceder lo mismo. El solo recuerdo del olor del brebaje que ayer bebía le mareaba hasta tal punto que, ¡Oh, por favor, dónde narices está la papelera! No hubo tiempo suficiente.

Buena forma de despertarse.

Salió a hurtadillas de su cuarto con la intención de buscar la fregona para evitar el disgusto de sus padres cuando entraran para darle los buenos días y vieran el pastel que les había dejado en el suelo pero, a dos pasos de su cama, desvió sus pies hacia al baño hasta llegar al retrete.

Vaya mierda, sinceramente.

Tras unos quince largos minutos las náuseas comenzaron a difuminarse, pero con el dolor de cabeza no pasaba lo mismo. Decidió que una larga ducha de agua caliente lo recompondría y se desvistió camino hacia ella.

Bueno, para darle un respiro a nuestro protagonista, pongamos que el dolor de cabeza empezó a difuminarse tras media hora de chorros calientes cayendo sobre su cara.

Curioso cómo ni siquiera un escritor puede evitar el efecto de las temidas resacas en sus queridos personajes. Lo siento Paris, continuemos.

Salió de la ducha, salió del baño y ahí estaban sus padres. Paris advirtió más matices de asombro que de enojo en ellos, y rápidamente hizo trabajar su mente en una excusa que le librara de tener que pasar por la vergüenza que el desamor le suponía.

Pero Paris, son tus padres, si no puedes desahogarte con ellos con quién vas a hacerlo.

Recapacitó, y antes de hacer el ridículo diciéndoles que algo le había sentado mal durante la cena, confesó. Silvia no solo había rechazado su proposición de matrimonio, sino que había cortado de raíz la relación sin ningún tipo de explicación. Se sentía hundido y necesitaba desconectar, no había más vuelta de tuerca.

Tras soltar su perorata se lanzó en brazos de su madre y, tras unos escasos segundos, a los de su padre también, quedándose inmóviles los tres.

Pobre Paris, ¿verdad? ¿Cómo alguien tan inocente y que profesa tanto amor por su amada puede llevarse tal batacazo sentimental y encima por parte de ella? ¿Cómo explicáis que sucedan estas cosas? ¿Acaso queda alguien en quien podamos confiar y con quien descansar durante toda la vida? Paris ya no lo tenía tan claro.

#### Capítulo IV

Fueron lo menos dos o tres semanas las que Paris estuvo aislado en su hogar, sin atreverse a salir porque absolutamente todo lo que componía aquella ciudad le recordaba a ella. Sus padres estaban haciendo todo lo posible para que su hijo consiguiera salir del profundo pozo en el que parecía haberse precipitado: su padre dejó la ferretería a cargo de un amigo de confianza para poder atenderle y su madre no se separaba de él ni aunque fueran dos metros.

Paris era consciente de que las cosas no podían seguir así, y sabía que todo en esta vida se superaba salvo la muerte, pero de momento no divisaba ningún rayo de luz que le salvara de su desasosiego.

Durante esos días de triste y melancólica existencia, las palabras de James (al que recordaba como "El difuso James", porque estaba convencido de que si le viera por la calle no podría recordar su cara) se

cruzaban por entre sus pensamientos.

Si convirtiéramos en porcentajes lo que se le pasó a Paris durante esas semanas por la cabeza, veríamos que durante los primeros días prácticamente un cien por cien de ellos tenían como tema central a Silvia. No recordaba haber sufrido tanto nunca. Sin embargo, con el paso de los días y de forma casi imperceptible, el porcentaje de pensamientos del desamor se reducía porque otras ideas ocupaban su mente.

Paris se sorprendía cuando en medio de llorar la pérdida de su amada, que hasta el nefasto día del *No* era la persona para él más importante del planeta, se acordaba de James, prácticamente un extraño para él con el que había hablado una vez, y encima en un estado que de momento no tenía ganas de volver a experimentar al conocer ya sus consecuencias.

Vería más normal acordarse de otras cosas tristes que hubieran acaecido en su vida, como, yo que se, la muerte de su querida abuela materna años atrás que tanto le había afectado, pues bien sabía él que la tristeza llamaba a la tristeza, pero no, era James quien ocupaba sus pensamientos. Bueno, decir que era James en sí en quien pensaba sería interpretar de forma errónea los pensamientos de nuestro "muchacho".

A lo que de verdad daba vueltas era a su historia. Salir de la ciudad. No, qué narices, salir y no volver hasta que quisiera. ¿Acaso tenía algo que le hiciera permanecer allí? ¿Cómo iba a heredar la casa de sus padres y habitarla él solo? No, eso ni pensarlo.

Al fin y al cabo, tenía ya una cierta edad, para nada era ya aquel niño que con el arte de un ladrón profesional desarrollaba increíbles estrategias de distracción hacia su madre para coger algunos céntimos del tarro de las palabrotas que, por cierto, a buen recaudo tenía ella guardado (no es broma, recordaba sus hazañas para acceder a ese tarro lleno de orgullo) con el fin de comprarse alguna que otra piruleta.

No: había madurado. Era un adulto hecho y derecho e inteligente, las ganas de comerse el mundo no le cabían ya en el cuerpo y cada día que pasaba más convencido estaba de que había llegado la hora de ser libre de la aburrida ciudad en la que siempre había vivido.

Sabía que sus padres no se opondrían, querían lo mejor para él, y que además ellos se mantendrían bien. Con la ferretería bastaba para servir tres comidas diarias a tres personas en la casa y poco más, pero si él marchaba, el nivel de vida de sus padres se alzaría.

Además, tenía dinero ahorrado: ¡El anillo de Silvia! Para cuando tuvo el valor de registrar el escondrijo donde almacenaba esa fortuna, cuando ya no se pasaba desde que se levantaba hasta que se acostaba llorando su pérdida, advirtió que la suma ascendía hasta casi los mil doscientos euros.

Se derrumbó al pensar en que había hecho lo imposible por reunir tanto dinero para hacer feliz a su amada y que todo hubiera sido en vano.

En fin, ahí estaba Paris, con los altibajos propios del desamor, ora recuperándose, ora hundiéndose hasta niveles inimaginables.

Cada vez tenía más claro que debía abandonar aquella ciudad. La sensación de aventura le embargaba y el miedo a lo desconocido se difuminaba poco a poco. Se dijo que era lo mejor que podía hacer para olvidarla.

Estaba todo como predestinado. Hm, ¿destino? Las palabras de James volvieron a resonar en su interior: el único destino que iba a afectar a su vida a partir de ese momento sería el que él mismo se impusiera. Así, se dijo que abandonaría aquella ciudad y que, en el improbable caso de que regresara, sería después de mucho tiempo. Siempre se había sentido como atrapado allí y, al fin y al cabo

*L'uccello nella gabbia non canta di piacere, ma di rabbia.*

## Capítulo V

Estaba decidido. Si bien la impulsividad no había sido a lo largo de la vida de Paris una característica notable suya, se hacía notoria ahora en él en el sentido de que estaba decidido a recoger sus cosas en menos de cuatro horas y largarse de la ciudad de la que jamás había salido para no volver hasta nuevo aviso.

Esto sucedió dos días después de cumplirse el primer mes tras el famoso *No* que tan drásticamente había cambiado su vida. Era más o menos la hora de comer, así que comió, vaya, y luego se dio una ducha para sopesar bien lo que estaba a punto de hacer.

Si, se dijo, me voy, no sé a donde, pero estoy seguro de que me voy. Son las tres y media de la tarde, aún falta tiempo para que papá y mamá regresen a casa, algo me dijeron ayer de una pequeña reforma en la ferretería que había que llevar a cabo cuanto antes.

Bueno venga, pues me voy. A ver qué me llevo. Paris se decidió a buscar una maleta por casa, pero tras unos segundos se sintió estúpido al pensar en encontrar una cuando la única vez que alguno de los tres había salido de casa fue cuando la luna de miel en París de sus padres, hace ya casi veinticinco años. Aún así, bajó al trastero en su busca, pero estaba en lo cierto: ni rastro de ella.

Bueno, nadie dijo que largarse fuera fácil, ¿no? Decidió hacer llenar con sus cosas una maleta imaginaria y ya luego arreglárselas para llevarlas. Paris tenía una colección de libros de la que estaba plenamente orgulloso,

y cómo no, que iba a hacer si no en aquella ciudad tan pequeña en la que era noticia el que alguien hubiera, yo que sé, perdido las llaves de su casa. Pero claro, cómo llevarse todos aquellos libros. Ni hércules habría sido capaz de cogerlos todos de una. Estaba exagerando, claramente, es que se enorgullecía sinceramente cuando miraba las estanterías repleta. Se decidió a coger nada más que dos volúmenes, y se dijo que cuando acabara de leerlos los donaría y se haría con otros dos nuevos.

Si iba a viajar deteniéndose lo estrictamente necesario no podía acumular cosas.

Cada vez que la idea de abandonar la ciudad hacia terrenos inexplorados y vivir aventuras como las de los personajes de sus libros favoritos, un escalofrío de inquietud y nerviosismo pero, no se confunda el lector, agradable, sin embargo, le recorría la espalda.

Cuatro camisetas y dos pantalones, unos vaqueros y un chándal, todos los calcetines y calzoncillos que consiguió hacer entrar en una bolsa de la compra que encontró en la cocina, la cartera con el dinero, sus cascos de escuchar música y su teléfono móvil donde conectar dichos cascos (porque que otra finalidad tiene este aparato que no sea la de proporcionar momentos mágicos tales como dirigir una orquesta imaginaria en tu habitación con el cuarto movimiento de la sinfonía nº9 de Dvorak a todo volumen) fueron todas las pertenencias que embaló en su maleta imaginaria.

Oh vaya Paris, casi te hago marchar sin tus libros, vaya descuido el mío.

Hmm, vamos a ver, algo tendré que elegir... *Las uvas de la ira* es un libro que llevo bastante tiempo queriendo releer (espero que me vaya mejor que a la familia protagonista, vaya) La *Eneida* tampoco es mal ejemplo, adoptaré el papel de Eneas buscando fundar mi Roma y también el papel de Dido, solo que sin sucumbir al desamor que la hace perecer. Con el tiempo me recuperaré.

Ya está todo listo, me acercaré (por última vez, qué bien suena) donde el tendero para comprar una maleta, a ver a cuanto me la deja.

Mantener la mente ocupada en preparar su huida hacia el mundo le hizo olvidarse casi por completo de Silvia. No le guardaba rencor alguno, la había querido muchísimo y seguía haciéndolo aun sin comprender su inesperada reacción, pero no podía vivir en el mismo lugar que ella.

Asaltó su mente la idea de cómo comunicarles a sus padres que se iba para no volver. No se veía capaz de hacerlo y, tras muchas vueltas, decidió dejarles una nota que tuvo que reescribir varias veces debido a

que sus lágrimas emborronaban repetidas veces el papel.

Esto fue lo que leyeron sus padres horas más tarde, cuando Paris ya había comprado su maleta nueva, la fiel amiga que no se separaría de él en todo el transcurso de su viaje, y estaba sentado con los cascos puestos en el tren hacia su nueva vida, con el teléfono en una mano (sin la tarjeta sim, por supuesto) y con un húmedo pañuelo en la otra.

*Queridos mamá y papá,*

*Vuestro hijo que tanto os quiere y que tanto os agradece todo lo que habéis hecho por él os pide disculpas por desaparecer así como así de vuestras vidas, sin mediar palabra alguna con vosotros. Sois conocedores de la desgracia que ha dominado mi vida estas últimas semanas, y soy consciente de que si no hiciera lo que me propongo hacer, algún día la realidad terminaría por superarme. He decidido, mamá y papá, hacer las maletas y emprender camino hacia una nueva vida, a conocer mundo, culturas y gentes diversas, hacia el cambio.*

*Creedme, esto me duele tanto a mí como a vosotros, tal es el dolor que me he visto obligado a, entre lágrimas, escribiros esta carta ya que decíroslo en persona era algo de lo que no me creía capaz. Soy débil, mamá y papá, por ello también emprendo esta travesía. Quiero encontrar la mejor versión de mí mismo y una vez lo haya logrado, fortalecerla aún más hasta hacerla indestructible. Quiero hacer nuevas amistades y vivir mi vida fuera de las barreras que me imponen esta nuestra ciudad.*

*No sé cuanto tiempo estaré fuera, quizá jamás vuelva. Tengo ahorrado cierto dinero con el que me disponía a comprar el anillo de pedida a Silvia, con ello espero sobrevivir cierto tiempo. Buscaré y, papá y mamá, os prometo que encontraré, buenos trabajos temporales que me permitan continuar con mi, hasta nuevo aviso, interminable viaje; os prometo que cuidaré de mí mismo: comeré bien, mamá, no te preocupes por eso, y sí, papá, seguiré bebiendo mis dos litros de agua diarios.*

*Agradeceros una vez más de nuevo todo lo que habéis hecho por mí y, por favor, sed felices, padres míos, mantened ese amor que os tenéis el uno por el otro, del que tan orgulloso me siento, hasta que ya no corra vida por vuestras venas. Prometo escribiros de vez en cuando, estaremos en contacto. De nuevo quería que disculparais a vuestro hijo con la rapidez e impulsividad con la que ha abandonado la ciudad. Sé que no me guardaréis rencor, soy consciente del amor que hacia mí sentís y también sé que sabéis que esta era la mejor de las formas de resolver este asunto. Así las cosas son más fáciles para todos. Un beso, papá y mamá, cuidaros mucho entre vosotros y disfrutad de la vida, que de verdad os la merecéis,*

*Vuestro hijo, Paris.*